

POSTDATA SOBRE LAS SOCIEDADES DE CONTROL¹

GILLES DELEUZE

Traducción de Claudia Panozo y Rodrigo Zúñiga

1. HISTORIA

Foucault situó las *sociedades disciplinarias* en los siglos XVIII y XIX; éstas alcanzan su apogeo a principios del siglo XX. Inician la organización de vastos espacios de encierro. El individuo nunca cesa de pasar de un ambiente cerrado a otro, cada cual con sus respectivas leyes: primero la familia; luego la escuela (“ya no estás con tu familia”); luego el regimiento (“acá ya no estás en la escuela”); luego la fábrica; de cuando en cuando el hospital; eventualmente la prisión, el lugar de encierro por antonomasia. Es la prisión la que sirve de modelo analógico: al ver unos obreros, la heroína de *Europa 51* de Rossellini podía exclamar, “me pareció ver unos condenados...”.

Foucault analizó de manera brillante el proyecto ideal de estos espacios de encierro, particularmente visible en la fábrica: concentrar; distribuir en el espacio; ordenar en el tiempo; componer en el espacio-tiempo una fuerza productiva cuyo efecto fuera mayor que la suma de las fuerzas particulares. Pero lo que Foucault también reconoció fue la transitoriedad de este modelo: sucedió a las *sociedades de soberanía*, cuyos objetivos y funciones eran bastante diferentes (recaudar antes que organizar la producción, decidir la muerte antes que administrar la vida); la transición se estableció gradual-

¹ Este breve escrito de Deleuze apareció en *L'autre journal*, nº1, mayo de 1990. Hemos consultado también la versión en inglés publicada en *October. The second decade, 1986-1996* (editado por Rosalind Krauss et al.).

mente, y Napoleón pareció operar la conversión a gran escala de una sociedad a otra. Pero las disciplinas entraron también en crisis, para beneficio de nuevas fuerzas que irían instalándose de a poco, y que se precipitarían después de la segunda guerra mundial: una sociedad disciplinaria era lo que ya no éramos, lo que habíamos dejado de ser.

Estamos ante una crisis generalizada de todos los espacios de encierro —la prisión, el hospital, la fábrica, la escuela, la familia—. La familia es un “interior”, en crisis como todos los otros interiores —escolares, profesionales, etc—. Las administraciones a cargo no han dejado de anunciar reformas supuestamente necesarias: reformar la escuela, reformar la industria, el hospital, el ejército, la prisión. Pero todos saben que estas instituciones están acabadas, sea cual sea la duración de su período de expiración. Es sólo una cuestión de administrar los últimos ritos y de mantener a la gente empleada hasta la instalación de las nuevas fuerzas que ya están a la puerta. Éstas son las *sociedades de control*, que paulatinamente reemplazan a las sociedades disciplinarias.

“Control” es el nombre que Burroughs propone para designar al nuevo monstruo, que Foucault reconoció como nuestro futuro inmediato. Paul Virilio analiza también, persistentemente, las formas ultrarrápidas de un control flotante que reemplaza a las viejas disciplinas que operaban en la duración de un sistema cerrado. No es cuestión de invocar las extraordinarias producciones farmacéuticas, la ingeniería molecular, las manipulaciones genéticas, aunque estén destinadas a intervenir en el nuevo proceso. No es cuestión de preguntar cuál es el régimen más temible o el más tolerable, pues en cada uno de ellos se confrontan las fuerzas de liberación y las de subyugación. Por ejemplo, en la crisis del hospital, como lugar de encierro, la atención por barrios, las casas de acogida y la medicina familiar pudieron en principio expresar una nueva libertad, pero participan también de mecanismos de control que son equivalentes a los más severos confinamientos. No es cuestión de tener miedo o esperanza, sino de buscar nuevas armas.

2. LÓGICA

Los diversos internados o espacios de encierro por los que pasa el individuo constituyen variables independientes: se supone que uno empieza de cero cada vez, y el lenguaje común de todos estos lugares existe, pero es *analógico*. En cambio, los diferentes mecanismos de control son variaciones inseparables, que forman un sistema de geometría variable cuyo lenguaje es *numérico* (lo que no necesariamente significa binario). Los encierros son *moldes*, módulos distintos; pero los controles son una *modulación*, como un molde auto-deformante que cambiaría continuamente, de un momento a otro, o como un tamiz cuya malla cambiaría de un punto al otro.

Esto se hace evidente en relación con los salarios: la fábrica era un cuerpo que llevaba a sus fuerzas interiores hasta un punto de equilibrio —lo más alto posible en términos de producción, lo más bajo posible en términos de salarios—; pero, en una sociedad de control, la empresa ha reemplazado a la fábrica, y la empresa es un alma, un gas. Por supuesto, la fábrica ya conocía el sistema de primas, pero la empresa se esfuerza más profundamente por imponer una modulación en cada salario, en estados de perpetua metastabilidad que pasan por desafíos, concursos y sesiones de grupos bastante cómicas. Si los más idiotas programas de juegos de la televisión tienen tanto éxito, es porque expresan adecuadamente la situación de empresa. La fábrica constituía a los individuos como un solo cuerpo, para ventaja del patrón que vigilaba a cada elemento de la masa, y de los sindicatos que movilizaban una masa de resistencia; pero la empresa presenta la más cruda rivalidad como sana emulación, como una excelente fuerza motivacional que opone a los individuos entre ellos, y que divide a cada uno de sí mismo. El principio modulador del “salario según el mérito” no ha dejado de tentar a la propia educación: en efecto, así como la empresa reemplaza a la fábrica, la *formación continua* tiende a reemplazar a la *escuela*, y la evaluación permanente al examen. Lo cual constituye el más seguro medio para poner la escuela en manos de la empresa.

En las sociedades disciplinarias uno siempre estaba empezando de nuevo (de la escuela al regimiento, del

regimiento a la fábrica), mientras que en las sociedades de control uno nunca termina con nada —la empresa, la educación, los servicios, son los estados metastables y coexistentes de una misma modulación, como un deformador universal—. Kafka, que se instalaba ya en el límite entre ambos tipos de sociedad, describió en *El Proceso* las más terribles formas jurídicas. La *absolución aparente* de las sociedades disciplinarias (entre dos encierros), la *moratoria ilimitada* de las sociedades de control (en variación continua), son dos modos muy diferentes de vida jurídica, y si nuestro derecho está vacilante, en su propia crisis, es porque estamos dejando uno de ellos para entrar en el otro. Las sociedades disciplinarias tienen dos polos: la firma que designa al *individuo*, y el número de matrícula que indica su posición en una *masa*. Esto se debe a que las disciplinas nunca vieron ninguna incompatibilidad entre ambos, y a que el poder es al mismo tiempo individualizante y masificador, esto es, constituye como un solo cuerpo a aquellos sobre los cuales se ejerce, y moldea la individualidad de cada miembro de ese cuerpo (Foucault vio el origen de este doble encargo en el poder pastoral del sacerdote —el rebaño y cada uno de sus animales—, pero a su vez el poder civil se convierte en “pastor” laico, por otros medios). En las sociedades de control, por el contrario, lo esencial ya no es una firma ni un número, sino una cifra: la cifra es un *password*, mientras que las sociedades disciplinarias son reglamentadas por *consignas* (tanto desde el punto de vista de la integración como del de la resistencia). El lenguaje numérico del control está hecho de cifras, que permiten el acceso a la información, o lo deniegan. Ya no nos encontramos ante el par masa-individuo. Los individuos se han convertido en “*dividuos*”, y las masas, en muestras, datos, mercados o “*bancos*”. Tal vez sea el dinero lo que expresa de mejor manera la diferencia entre las dos sociedades, puesto que la disciplina siempre se remitió a monedas acuñadas según el patrón del oro, mientras que el control refiere intercambios flotantes, modulaciones que hacen intervenir como cifra un porcentaje de diferentes monedas de muestra. El viejo topo monetario es el animal de los espacios de encierro, pero la serpiente es el de las sociedades de control. Hemos pasado de un animal a otro, del topo a la serpiente, en el régimen

bajo el cual vivimos, pero también en nuestra manera de vivir y en nuestras relaciones con los demás. El sujeto disciplinario era un productor discontinuo de energía, pero el sujeto del control es más bien ondulatorio, en órbita sobre un haz continuo. Por todas partes el *surf* ya ha reemplazado a los viejos *deportes*.

Es fácil hacer corresponder a cada sociedad distintos tipos de máquinas —no porque las máquinas sean determinantes, sino porque expresan las formas sociales capaces de crearlas y utilizarlas—. Las viejas sociedades de soberanía manejaban máquinas simples —palancas, poleas, relojes—; pero las sociedades disciplinarias recientes se equipaban con máquinas que involucraban energía, con el peligro pasivo de la entropía y el peligro activo del sabotaje; las sociedades de control operan con un tercer tipo de máquinas, máquinas informáticas y ordenadores, cuyo peligro pasivo es el atascamiento, y el activo, la piratería y la introducción de virus. Es una evolución tecnológica, pero más profundamente aún, una mutación del capitalismo. Una mutación ya bien conocida, que puede resumirse en lo siguiente: el capitalismo del siglo XIX es de concentración —para la producción y para la propiedad—. Por consiguiente, erige la fábrica como espacio de encierro, siendo el capitalista el dueño de los medios de producción, pero también eventualmente el propietario de otros espacios concebidos por analogía (la casa familiar del obrero, la escuela). En cuanto al mercado, es conquistado ya por especialización, ya por colonización, ya por la baja en los costos de producción. Pero, en la situación actual, el capitalismo ya no se basa en la producción, que relega frecuentemente a la periferia del tercer mundo, incluso bajo las formas complejas del textil, de la metalurgia o del petróleo. Es un capitalismo de superproducción. Ya no compra materias primas y vende productos terminados: compra productos terminados o monta piezas. Lo que quiere vender son servicios, y lo que quiere comprar son acciones. Ya no es un capitalismo para la producción, sino para el producto, es decir para la venta o para el mercado. Así, es esencialmente dispersivo, y la fábrica ha cedido su lugar a la empresa. La familia, la escuela, el ejército, la fábrica ya no son espacios analógicos distintos que convergen hacia un propietario —el Estado o

un poder privado—, sino las figuras cifradas, deformables y transformables, de una misma empresa que sólo tiene administradores. Incluso el arte ha abandonado los espacios cerrados para entrar en los circuitos abiertos de la banca. Las conquistas de mercado se hacen por toma de control y ya no por formación de disciplina, por fijación de cotizaciones más que por baja de costos, por transformación del producto más que por especialización de la producción. La corrupción gana con ello un nuevo poder. El servicio de venta se ha convertido en el centro o el “alma” de la empresa. Se nos enseña que las empresas tienen alma, lo cual es la noticia más aterradora del mundo. El marketing es ahora el instrumento del control social, y forma la raza impúdica de nuestros amos. El control es a corto plazo y de rápida rotación, pero también continuo e ilimitado, mientras que la disciplina era de larga duración, infinita y discontinua. El sujeto ya no está bajo encierro, sino que endeudado. Es cierto que el capitalismo ha mantenido como constante la extrema pobreza de tres cuartas partes de la humanidad, demasiado pobre para la deuda, demasiado numerosa para el encierro: el control no sólo tendrá que lidiar con la disipación de las fronteras, sino también con las explosiones de barrios marginales y guetos.

3. PROGRAMA

No es necesaria la ciencia ficción para concebir un mecanismo de control que señale, a cada instante, la posición de un elemento en un espacio abierto, sea el animal en una reserva, sea el sujeto en una empresa (como con un collar electrónico). Félix Guattari ha imaginado una ciudad en la que cada uno podría salir de su departamento, de su calle, de su barrio, gracias a su tarjeta electrónica (dividual) que abriría tal o cual barrera; pero también la tarjeta podría no ser aceptada un día, o entre ciertas horas; lo que importa no es la barrera, sino el computador que rastrea la posición —lícita o ilícita— de cada persona, y opera una modulación universal.

El estudio socio-tecnológico de los mecanismos de control, en el momento de su emergencia, tendría que

llevarse a cabo en términos categoriales y describir lo que ya está instalándose en sustitución de los espacios de encierro disciplinarios, cuya crisis es proclamada por todas partes. Puede ser que los viejos métodos de las antiguas sociedades de soberanía vuelvan a escena, pero con las adaptaciones necesarias. Lo que cuenta es que estamos en el comienzo de algo. En el *régimen carcelario*: la búsqueda de penas de “sustitución”, al menos para crímenes menores, y el uso de collares electrónicos que imponen al convicto la obligación de permanecer en casa a determinadas horas. En el *régimen escolar*: el efecto de la formación permanente sobre la escuela, el correspondiente abandono de toda investigación universitaria, la introducción de la “empresa” en todos los niveles de escolaridad. En el *régimen hospitalario*: la nueva medicina “sin médico ni enfermo” que diferencia a los enfermos potenciales y a las personas de riesgo, y que no manifiesta un progreso hacia el individuo —como suelen decir—, sino que sustituye el cuerpo individual o numérico por la cifra de una materia— “dividual” que debe ser controlada. En el *régimen de la empresa*: los nuevos tratamientos del dinero, de los productos y de los sujetos, que ya no pasan por la vieja forma-fábrica. Éstos son ejemplos sumarios, pero permitirán una mejor comprensión de lo que se entiende por crisis de las instituciones, es decir, la instalación progresiva y dispersa de un nuevo régimen de dominación. Una de las preguntas más importantes concierne a la ineptitud de los sindicatos: vinculados durante toda su historia a la lucha contra las disciplinas o los espacios de encierro, ¿podrán adaptarse o darán paso a nuevas formas de resistencia contra las sociedades de control? ¿Podemos ya captar los esbozos de esas formas futuras, capaces de atacar las maravillas del marketing? Muchos jóvenes extrañamente reclaman ser “motivados”; piden más entrenamiento, más formación permanente. Depende de ellos descubrir en lo que están siendo convertidos, tal como sus mayores descubrieron, no sin esfuerzo, la finalidad de las disciplinas. Los anillos de una serpiente son incluso más complejos que los agujeros de una topera.